

PRIMERA LECTURA

La Sabiduría de Dios habitó en el pueblo elegido

Lectura del libro del Eclesiástico 24, 1-2. 8-12

La Sabiduría hace el elogio de sí misma y se gloria en medio de su pueblo, abre la boca en la asamblea del Altísimo y se gloria delante de su Poder.

«El Creador de todas las cosas me dio una orden, el que me creó me hizo instalar mi carpa, Él me dijo: "Levanta tu carpa en Jacob y fija tu herencia en Israel".

Él me creó antes de los siglos, desde el principio, y por todos los siglos no dejaré de existir.

Ante El, ejercí el ministerio en la Morada santa, y así me he establecido en Sión; Él me hizo reposar asimismo en la Ciudad predilecta, y en Jerusalén se ejerce mi autoridad.

Yo eché raíces en un Pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su herencia».

Palabra de Dios.

Salmo responsorial 147, 12-15.19-20

R. La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.

O bien:

Aleluia.

¡Glorifica al Señor, Jerusalén,
alaba a tu Dios, Sión!
El reforzó los cerrojos de tus puertas
y bendijo a tus hijos dentro de ti. **R.**

Él asegura la paz en tus fronteras
y te sacia con lo mejor del trigo.
Envía su mensaje a la tierra,
su palabra corre velozmente. **R.**

Revela su palabra a Jacob,
sus preceptos y mandatos a Israel:
a ningún otro pueblo trató así
ni le dio a conocer sus mandamientos. **R.**

SEGUNDA LECTURA

*Nos predestinó a ser sus hijos adoptivos
por medio de Jesucristo*

Lectura de la carta del Apóstol san Pablo a los cristianos de Éfeso 1, 3-6. 15-18

Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes espirituales en el cielo, y nos ha elegido en Él, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia, por el amor.

Él nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, que nos dio en su Hijo muy querido.

Por eso, habiéndome enterado de la fe que ustedes tienen en el Señor Jesús y del amor que demuestran por todos los hermanos, doy gracias sin cesar por ustedes, recordándolos siempre en mis oraciones.

Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, les conceda un espíritu de sabiduría y de revelación que les permita conocerlo verdaderamente. Que Él ilumine sus corazones, para que ustedes puedan valorar la esperanza a la que han sido llamados, los tesoros de gloria que encierra su herencia entre los santos.

Palabra de Dios.

Aleluia 1 Tim 3, 16

Aleluia.

Gloria a ti, Cristo, proclamado a los paganos;
gloria a ti, Cristo, creído en el mundo.

Aleluia.

EVANGELIO

La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 1, 1-18

Al principio existía la Palabra,
y la Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios.

Al principio estaba junto a Dios.

Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra y sin ella no se hizo nada de todo

lo que existe. En ella estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres.

La luz brilla en las tinieblas,
y las tinieblas no la percibieron.

Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan.
Vino como testigo,
para dar testimonio de la luz,
para que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz,
sino el testigo de la luz.
La Palabra era la luz verdadera
que, al venir a este mundo,
ilumina a todo hombre.

Ella estaba en el mundo,
y el mundo fue hecho por medio de ella,
y el mundo no la conoció.

Vino a los suyos,
y los suyos no la recibieron.

Pero a todos los que la recibieron,
a los que creen en su Nombre,
les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios.

Ellos no nacieron de la sangre,
ni por obra de la carne,
ni de la voluntad del hombre,
sino que fueron engendrados por Dios.

Y la Palabra se hizo carne
y habitó entre nosotros.
Y nosotros hemos visto su gloria,
la gloria que recibe del Padre como Hijo único,
lleno de gracia y de verdad.

Juan da testimonio de Él, al declarar:
«Éste es Aquél del que yo dije:
El que viene después de mí me ha precedido,
porque existía antes que yo».

De su plenitud, todos nosotros hemos participado
y hemos recibido gracia sobre gracia:
porque la Ley fue dada por medio de Moisés,
pero la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo.

Nadie ha visto jamás a Dios;
el que lo ha revelado es el Dios Hijo único,
que está en el seno del Padre.

Palabra del Señor.

P. Alfredo Sáenz, S. J.

El prólogo del Evangelio de San Juan

Todavía en el ambiente de la Navidad, la liturgia de hoy nos conduce no tanto ya al gozo que ofrece la visión del pesebre cuanto a la contemplación de lo más insondable del misterio de la Encarnación, presentándonos el texto que constituye el prólogo del evangelio de San Juan, el evangelista teólogo, con visión de águila. Este prólogo es un himno, quizás el más magnífico de los himnos cristianos. Porque si es cierto que la belleza es el esplendor de la verdad, en ninguna parte lo es más que en este himno, anclado todo él en la verdad de Dios. Y en una verdad que une el tiempo con la eternidad, porque nos muestra, en visión panorámica, el estado eterno del Verbo y el hecho temporal de su venida al mundo por la Encarnación.

Será ésta una homilía un tanto difícil, ya que en ella trataré de hacer la exégesis de aquel sublime e inefable texto. Pero creo que el esfuerzo merece la pena.

1. LA PALABRA

La primera idea del prólogo de San Juan gira en torno al Verbo de Dios, a la Palabra de Dios. "Al principio existía el Verbo", empieza nuestro himno, en notable paralelismo con el comienzo del Génesis que relata la Creación. Y ese Verbo "estaba junto a Dios", agrega, es decir que si bien el Verbo constituye una Persona distinta, el Hijo de Dios, al mismo tiempo está en estrecha proximidad con la raíz de la divinidad que es el Padre. Es lo que recalca enseguida el evangelista: "y el Verbo era Dios". Se distingue, pues, del Padre, pero simultáneamente comparte de manera plenaria su divinidad, es esa divinidad. O como lo profesamos en el Credo, el Verbo es "Dios de Dios".

Pues bien, ese Dios eterno, increado, está en el origen de toda creación: "Todas las cosas fueron hechas por medio del Verbo, y sin él no se hizo nada de todo lo que existe". Se ve que San Juan quiere relacionar la eternidad del Verbo con la creación del mundo. Nos impresiona pensar que el Hijo de Dios, que luego se haría carne, estuvo ya presente y actuando en la Creación. Entonces, como nos dice el Génesis, "Dios dijo que se hiciese la luz... y la luz fue hecha": es decir que Dios creó por su Verbo, por su "dicción", su Palabra. Algo semejante afirmaría San Pablo: "En él todas las cosas han sido creadas".

2. LA VIDA

Una vez que San Juan mostró cómo por medio del Verbo fue creado el mundo, pasa a un segundo tema: "En él estaba la vida". Tema grato a ese evangelista, quien a lo largo de todos sus escritos hablaría tanto de la vida. No de la vida en el sentido puramente terrestre, sino de la vida eterna, de la vida de Dios, de la vida del Verbo, vida eterna, pero siempre joven. Cristo prometería la vida a Nicodemo, la vida para quien renace del agua y del Espíritu, así como a la samaritana, a quien le aseguró que le daría de beber agua viva. Esa Vida que Dios posee desde siempre, la quiere comunicar, difundir, dar a

beber. "Si tú conocieses el don de Dios", le diría a la misma samaritana. La Vida es el don de Dios, Dios la da, en ella Dios se da. "Dios Amor", enseña San Juan.

3. LA LUZ

Prosigue el evangelista: "y la vida era la luz de los hombres". La luz es el tercero de los grandes temas de este texto, tema que ocupa en el cuarto evangelio un lugar no menos importante que el de la vida. San Juan identifica la Luz con la Vida: la Vida era la Luz. En su primera epístola explicaría mejor la relación que media entre la Luz y la Vida: "La nueva que hemos aprendido del Señor —dice allí— es que Dios es luz y que en él no hay tinieblas...; el que ama a su hermano permanece en la luz". Hemos visto que para aquel evangelista la esencia de la vida es el amor, el amor que se da. Y ahora nos dice que el que ama está en la luz. Así ama el Padre a su Hijo, su Verbo, su Imagen perfecta, Imagen donde nada es oscuro, Imagen que es Luz indeficiente.

La vida es, pues, "la luz de los hombres". Ser cristiano es contemplar a Dios en su Verbo encarnado. Nuestro texto entra ahora en un momento trágico: "la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la percibieron". Los hombres, con sus pecados, se cierran a la luz. La separación de la luz y de las tinieblas había sido el primer acto creador. En esta segunda creación —que es la redención— la luz vuelve a entrar en conflicto con las tinieblas. Luz y Tinieblas se enfrentan, como se enfrentan Vida y Muerte. Las Tinieblas son el símbolo del mundo sin Dios, del mundo que se clausura frente a Dios. Hay un contraste frontal entre la riqueza infinita del Dios, que no pone límites a su don, y la nada de la creatura, que pretende bastarse sin Dios. La Vida divina es Luz, pero lo que los hombres mundanos llaman vida, y a la que se adhieren fanáticamente, es Tiniebla.

Sigue el texto: "Él estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por medio de él, y el mundo no lo conoció". Es la primera venida del Verbo: Dios se hace presente al mundo por su obra creadora. Vino al mundo, es decir, se manifestó a todos los hombres, judíos y gentiles, por medio de las creaturas, mediante las cuales se puede, con la sola luz de la razón, llegar a conocer al Creador. Esta luz, que en última instancia procede del Verbo, del Hijo de Dios, está al alcance de todos. A pesar de ello, "el mundo no lo conoció". Pero el Verbo dio un paso más: "Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron". Es la segunda venida del Verbo, cuando se manifestó a los suyos, a su pueblo elegido, cuando se encarnó en el seno de ese pueblo. Y también su pueblo lo rechazó.

"Pero a todos los que lo recibieron, a los que creen en su nombre; les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios". Porque hubo quienes lo recibieron y siempre habrá quienes lo reciban, quienes crean en El, en su encarnación, en sus palabras. Somos nosotros, amados hermanos, los que hemos creído en El, y a quienes se nos ha dado "poder de llegar a ser hijos de Dios". Es lo que dice San Pablo en la segunda lectura de hoy: "El Padre nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo". No contento con sacarnos de la nada, el Verbo nos quiso asociar a su filiación divina, nos hizo hijos en el Hijo, hijos de un Padre común, gracias a lo cual nos atrevemos a decir: Padre nuestro. Nosotros que, como sigue diciendo San Juan, en lo que atañe a la vida divina no hemos "nacido de la sangre, ni por obra de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino engendrados por Dios", a semejanza de Jesús, que nació de una Virgen y del Espíritu Santo. Y llegamos así al punto culminante de todo el texto:

4. LA TIENDA Y LA GLORIA. LA GRACIA Y LA VERDAD

"Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Y nosotros hemos visto su gloria, la gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad-. Es éste el motivo central de todo el cuarto evangelio: el Verbo se hizo carne. En el lenguaje hebreo, "carne" significa la creatura en general, considerada en su debilidad natural, a la que el Verbo creador hace el gesto increíble de asociársela. La Encarnación no es una conquista de la creatura, sino pura gracia. Dios une a su grandeza, que le es propia, nuestra debilidad, que le es ajena. Para eso ha venido hasta nosotros, para que nosotros pudiésemos ir hasta El; se ha humillado para que nos elevemos; se ha empobrecido para que nos hiciésemos ricos con su pobreza. Dios se encarnó para estar con nosotros; es Emmanuel, Dios con nosotros. El "habitó" entre nosotros, o mejor, como dice la versión original, "acampó" entre nosotros, puso su "tienda" entre nosotros, que fue la expresión usada en el libro del Éxodo para señalar el lugar de reunión entre Dios y su pueblo, la morada de Yahvé. San Juan no teme decir: "Nosotros hemos visto su gloria". Gloria y Morada de Dios son dos expresiones que siempre se unen en la Escritura. La Presencia de Dios invade con su Gloria el recinto elegido, sea en el desierto, sea en el Templo de Jerusalén, sea en Jesús, templo definitivo. Gracias a la Encarnación, en cierto modo el hombre se hace capaz de ver a Dios, aunque sólo por la fe, que es también un don de Dios. Como dijo el Señor a Marta: "Si creyeras, verías la gloria de Dios". Por la Encarnación resplandeció, pues, en Cristo, la gloria de Dios, "la gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad".

Y termina el texto: "De su plenitud todos nosotros hemos participado y hemos recibido gracia sobre gracia". Porque está lleno de Gracia, el Hijo redonda sobre los miembros de su cuerpo, rebalsa y derrama su vida divina. "Nadie ha visto jamás a Dios; el que lo ha revelado es el Hijo único, que está en el seno del Padre". Así culmina este admirable prólogo, en forma de un círculo que se cierra: del Padre procede el Verbo; ese Verbo viene al mundo, manifiesta la Luz divina; y mediante esa Luz divina, que es la Vida de Dios entre nosotros, ese Verbo nos hace capaces de conocer al Padre, de ir hasta el Padre.

Dentro de algunos instantes nos acercaremos a comulgar el Cuerpo de Jesús. Por la gracia de Dios no nos contamos entre aquellos que, a pesar de ser de los suyos, se resisten a recibirlo. Pidámosle la gracia de que prolongue en cierto modo su Encarnación en nuestras almas, que tienda en nosotros la carpa de su morada, que por la Eucaristía se haga carne en nuestro interior, para que su luz nos encandile, para que su vida y su gracia nos invadan, de modo que nuestro interior se llene así con la gloria de Dios.

Saenz a., *Palabra y Vida, Ciclo B, Segundo Domingo de Adviento*, Gladius Buenos Aires 1993, 44-48

Reginald Garrigou – Lagrange, O. P.

El Verbo hecho carne según San Juan

Los exegetas católicos han demostrado ampliamente en estos últimos años que no es posible aportar ningún argumento válido en contra de la autenticidad y de la historicidad del cuarto Evangelio, Evangelio que, unánimemente, la tradición atribuyó siempre al apóstol San Juan

Se ha demostrado, por la misma lengua en la que está escrito y por la manera en que está compuesto, que su autor era judío, que era un testigo ocular y un discípulo de Jesús, aquel del que se dice en este libro, en el que no se nombra nunca al apóstol San Juan, que era el discípulo que Jesús amaba. Éste ha querido suplir lo que faltaba en los sinópticos referente a la descripción de los hechos, sobre todo de los hechos ocurridos en Judea, e, igualmente, en los sermones de Nuestro Señor, sermones que, con frecuencia, los tres primeros Evangelios sólo referían en sustancia. Tal como reconoce el racionalista Harnack, el libro fue escrito entre el 80 y el 100.

El fin principal del cuarto Evangelio es, ciertamente, dogmático; fue escrito para demostrar, en contra de los corintianos y los ebionitas, que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios, tal y como se declara en las primeras líneas. En cuanto a los hechos que refiere, jamás éstos están presentados como alegorías o parábolas; están expuestos como hechos ocurridos realmente.

Tampoco se puede decir que San Juan, cuando refiere los sermones de Jesús, expone, más bien, sus ideas personales, puesto que en varios lugares distingue claramente las palabras de Cristo de las reflexiones personales que hace a propósito de éstas.

El prólogo

El prólogo del cuarto Evangelio sirve de fundamento dogmático a todo el libro e indica el punto de vista. Expone quién es el Verbo hecho carne y, en primer lugar, cuáles son las relaciones del Verbo con Dios:

*Al principio era el Verbo,
y el Verbo estaba en Dios,
y el Verbo era Dios.
Él estaba al principio en Dios.*

Es decir, antes del mundo, antes del Verbo, era el Verbo desde toda la eternidad. Estaba en Dios, como su palabra interior, estaba en comunión substancial y activa con Dios Padre pero, diferente de Él, fue enviado por Él. Distinto del Padre, el Verbo era, sin embargo, consubstancial al Padre, puesto que se dice: *y el Verbo era Dios, et Deus erat*

Verbum. El Verbo estaba unido eternamente a su Padre por unidad de naturaleza y de voluntad. Por estos primeros versículos del prólogo, San Juan se remonta de la humanidad del Salvador a su personalidad divina y a su divinidad, de la misma manera que, desde el borde del océano, la mirada se dirige desde la orilla hasta la inmensidad de este mismo océano y se pierde en él sin que pueda alcanzar más que una ínfima parte. Sin embargo, la extensión del océano es finita, mientras que la perfección del Verbo es infinita.

Las relaciones del Verbo con las criaturas en general se expresan en el versículo siguiente:

*Todas las cosas fueron hechas por Él,
y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.*

Todo, sin excepción, incluso la materia, ha sido hecho por Él. El Padre posee todo el poder creador, pero nada llega a existir si el Verbo no le da forma. Antes de su creación el mundo tenía una existencia ideal en el Verbo; estaba eternamente presente en la inteligencia divina, en donde todo es vida.

Finalmente, las relaciones del Verbo con los hombres están contenidas en estos versículos:

*En Él estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres.
La luz nace en las tinieblas,
pero las tinieblas no la acogieron.*

La luz natural de la inteligencia y la luz sobrenatural de la revelación y de la fe, que el Verbo extiende sobre la tierra, brilla entre los hombres sumergidos en las tinieblas de la ignorancia y del pecado; a pesar de los milagros del Verbo hecho carne, muchos de ellos permanecieron en un estado de endurecimiento y no recibieron la luz que traía.

El evangelista dice más adelante: *Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron; vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.*

Por el contrario, a aquellos que le recibieron, ¿qué les dio? *Mas a cuantos le recibieron, dioles poder de venir a ser hijos de Dios.* Es decir, a todos aquellos que le recibieron como creador y autor de la salvación eterna, ya fuesen judíos o paganos, les dio el poder de llegar a ser, en el orden sobrenatural, hijos adoptivos de Dios.

Esta filiación no es resultado de la generación natural, no proviene de la sangre, ni de la voluntad de la carne (del ciego instinto de los sentidos), ni de la voluntad del hombre (esclarecida por la razón), sino que proviene inmediatamente de Dios. Se puede decir que el hijo adoptivo de Dios *ha nacido de Dios*, en el sentido en el que Jesús se lo dirá a Nicodemo: *Quien no naciere del agua y del Espíritu (por el bautismo), no puede entrar en el reino de los cielos. Lo que nace de la carne, carne es; pero lo que nace del*

Espiritu, es espíritu. De la misma manera, San Pedro dice que, por medio de la gracia que nos santifica, hemos sido hechos: *participes de la divina naturaleza*, participamos de la vida íntima de Dios.

Tal es el Verbo en sus relaciones con Dios Padre y con los hombres. *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.* La palabra *carne* significa aquí hombre, como, a menudo, en el lenguaje bíblico; ha sido elegida para señalar mejor la realidad de la humanidad de Cristo y la suprema humillación del Verbo. Todas las herejías que hacen relación a Cristo Jesús se estrellarán contra esta palabra, ya nieguen su divinidad, la realidad de su humanidad, o su unión en la persona del Verbo.

¿Cuáles son las fuentes de esta doctrina? Se encuentran en la enseñanza misma de Nuestro Señor, conservada en la tradición apostólica y comparada con lo que el Antiguo Testamento nos dice de la Sabiduría eterna y de la Palabra de Dios.

Tras el Prólogo, el cuarto Evangelio se divide naturalmente en dos partes: Jesús manifiesta su misión y su divinidad durante su vida pública; Jesús manifiesta su misión y su divinidad durante su pasión y tras su resurrección.

(Garrigou – Lagrange, R., *El Salvador*, Ediciones RIALP, Madrid, 1977, p. 91 - 95)

----- Santos Padres -----

San Juan Crisóstomo

Y EL VERBO SE HIZO CARNE

UN FAVOR os voy a pedir antes de comenzar la explicación de las palabras del evangelio; y os suplico que no me neguéis lo que os pido. No pido cosa que gravosa sea ni pesada; y en cambio será útil, si la consigo, no tan sólo para mí, sino también para vosotros, si la concedéis; y aun quizá sea más útil para vosotros que para mí. ¿Qué es lo que pido? Que el primer día de la semana o el sábado mismo, tomando cada uno la parte del evangelio que luego se leerá en la reunión, sentados allá en vuestro hogar repetidamente la leáis y muchas veces la exploréis y examinéis y cuidadosamente peséis su valor y anotéis lo que es claro y las partes que son oscuras; y también lo que en las expresiones parezca contradictorio, aunque no lo sea; y así, tras de examinarlo todo, luego vengáis a la reunión. De empeño semejante nos vendrá no pequeña ganancia a vosotros y a mí.

En efecto: a nosotros no nos será necesario mucho trabajo para explicar las sentencias y su fuerza, estando ya vuestra mente acostumbrada al conocimiento de las expresiones; y vosotros, por este camino, os tornaréis más perspicaces y más agudos para penetrar, no sólo oír, y entender y enseñar a otros. Tal como ahora procedéis, muchos de vosotros os veis obligados juntamente a conocer el texto de las Sagradas Escrituras y a escuchar nuestra explicación; pero así, ni aun cuando gastemos el año íntegro, sacarán grande provecho. Porque no les será posible, así a la ligera y brevemente, atender a lo que se dice. Y si algunos pretextan sus negocios y preocupaciones del mundo y el mucho trabajo en los asuntos públicos y privados, desde luego no es pequeña culpa eso de

sobrecargarse de tan gran multitud de negocios y de tal modo empeñarse y esclavizarse en los negocios seculares, que ni siquiera ocupen un poco de tiempo en las cosas que sobre todo les son necesarias.

Por otra parte, que sólo se trate de pretextos simulados, lo demuestran las conversaciones con los amigos, la frecuencia en acudir al teatro, los interminables tiempos dedicados a las carreras de caballos, en que a veces se consumen los días íntegros; y sin embargo, para todo eso no ponen obstáculo ni pretextan la cantidad de negocios. De manera que para esas cosas de nonada no hay ocupación que estorbe; pero si se ha de poner empeño en las cosas divinas, entonces éstas os parecen superfluas y de tan poca monta que juzgáis no deberse poner en ellas ni el menor empeño. Quienes así piensan ¿merecerán acaso respirar o ver este sol?

Hay otra excusa ineptísima de parte de tales hombres notablemente desidiosos: la falta de ejemplares de la Escritura. Sería cosa ridícula tratar de esto ante los ricos. Pero puesto que muchos pobres usan de tal pretexto, quisiera yo así pacíficamente preguntarles si acaso tienen íntegros y en buen estado los instrumentos de sus oficios respectivos, aun cuando ellos se encuentren en suma pobreza. Pero ¿cómo ha de ser absurdo no excusarse para eso con la pobreza y andar poniendo todos los medios para remover los impedimentos, y en cambio acá, en donde se ha de obtener crecida utilidad, quejarse de la pobreza y las ocupaciones?

Por lo demás, aun cuando hubiera algunos tan extremadamente pobres, podrán llegar a no ignorar nada de las Sagradas Escrituras, por sola la lectura aquí acostumbrada. Y si esto también os parece imposible, con razón os lo parece, puesto que muchos no ponen gran cuidado a la dicha lectura: sino que, una vez que a la ligera oyen lo que se lee, inmediatamente se marchan a sus hogares. Y si algunos permanecen en la reunión, no proceden mejor que los otros que se alejan, pues están presentes únicamente con el cuerpo.

Más, para no sobrecargaros el ánimo con mis quejas, ni consumir todo el tiempo en reprensiones, empecemos la explicación de las sentencias evangélicas, porque ya es tiempo de entrar en la materia propuesta. Atended para que no se os escape cosa alguna de las que se digan.

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Habiendo el evangelista afirmado que quienes lo recibieron fueron nacidos de Dios y se hicieron hijos de Dios, pone el otro motivo de tan inefable honor, que no es otro sino haberse hecho carne el Verbo, y haber tomado el Señor la forma de siervo. Porque el Hijo se hizo hombre, siendo verdadero Hijo de Dios, para hacer a los hombres hijos de Dios. Al mezclarse lo que es altísimo con lo que es bajísimo, nada pierde de su gloria, y en cambio eleva lo otro desde lo profundo de su bajeza. Así sucedió con Cristo.

Con su abajamiento, su naturaleza no se disminuyó; y en cambio a nosotros, que prácticamente vivíamos en vergüenza y en tinieblas, nos levantó a una gloria indecible. Cuando el rey le habla con benevolencia y cariño a un pobre mendigo, no hace cosa alguna vergonzosa; y en cambio al pobre lo torna ilustre y esclarecido delante de todos. Pues si en esa pasajera y totalmente adventicia dignidad humana, la conversación y compañía con un hombre de baja clase social para nada perjudica al que es más honorable, con mucha mayor razón no perjudicará a la substancia aquella incorpórea y bienaventurada, que nada tiene de adventicio, nada que ahora tenga y ahora no tenga,

sino que posee todos los bienes sin mutaciones y que eternamente permanecen. De modo que cuando oyes: El Verbo se hizo carne, no te perturbes ni decaigas de ánimo. Esa substancia divina no se derribó ni cayó en la carne (sería impiedad aun el solo pensarlo), sino que permaneciendo lo que era, tomó la forma de siervo.

Pero entonces ¿por qué el evangelista usó de esa expresión: Se hizo? Para cerrar la boca de los herejes. Como los hay que afirman ser toda esa economía de la Encarnación una simple ficción y pura fantasmagoría, para adelantarse a quitar de en medio semejante blasfemia, usó de esa expresión: Se hizo; declarando así no un cambio de substancia ¡lejos tal cosa! sino que verdaderamente se encarnó. Así como cuando dice Pablo: Cristo nos libró de la maldición de la Ley, haciéndose por nosotros maldición, no significa que la substancia divina se apartara y dejara la gloria y se convirtiera en maldición —pues tal cosa no la pensarían ni los demonios, ni los hombres más necios y locos: ¡tan grande sabor de impiedad y de necedad juntamente contiene!—; de modo que Pablo no dice eso, sino que Cristo, habiendo tomado la maldición que había en contra nuestra, no permitió que en adelante fuéramos malditos; del mismo modo acá Juan dice que el Verbo se hizo carne, no porque cambiara en carne su substancia, sino permaneciendo ésta intacta después de haberse encarnado.

Y si alegan que siendo Dios que todo lo puede, también pudo convertirse en carne, responderemos que ciertamente todo lo puede, pero permaneciendo Dios. Pues si fuera capaz de cambio, y de cambio en peor, ¿cómo fuera Dios? Sufrir cambio es cosa lejanísima de esa substancia inmortal. Por esto decía el profeta: Todos ellos como la ropa se desgastan, como un vestido tú los mudas y se mudan. Pero tú eres siempre el mismo y tus años no tienen fin. La substancia divina es superior a todo cambio; porque nada hay mejor que ella de manera que pueda esforzándose llegar a eso otro. Pero ¿qué digo mejor? Nada hay igual a ella ni que siquiera un poquito se le acerque. De donde se sigue que si se ha cambiado será en algo peor. Pero en ese caso no puede ser Dios. ¡Caiga semejante blasfemia sobre la cabeza de quienes la profieren!

Ahora bien, que esa expresión: Se hizo, haya sido dicha para que no sospeches una fantasmagoría, adviértelo por lo que sigue: verás cómo esclarece lo dicho y juntamente deshace esa malvada opinión. Porque continúa: Y habitó entre nosotros. Como si dijera: no vayas a sospechar nada erróneo por esa expresión: Se hizo, pues no he significado cambio alguno en la substancia inmutable, sino únicamente he señalado el acampar y la habitación. Y no es lo mismo el habitar que la tienda de campaña en que se habita, sino cosa diferente. Un alguien habita en la otra, pues nadie habita en sí mismo y así la tienda de campaña no sería propiamente habitación. Al decir alguien me refiero a la substancia, pues por la unidad y conjunción del Verbo, Dios y la carne son una misma cosa, sin que se confundan, sin que se pierda la substancia, sino que se hacen una cosa mediante una juntura inefable e inexplicable.

No investigues cómo sea ella: se hizo en una forma que Dios conoce. Mas ¿cuál fue la tienda de campaña en que habitó? Oye al profeta que dice: Yo levantaré la cabaña ruinosa de David. Porque verdaderamente cayó nuestra naturaleza, cayó con ruina irreparable y estaba necesitada de aquella mano, la única poderosa. No podía por otro medio levantarse, si no le tendía la mano Aquel mismo que allá al principio la creó, si no la reformaba celestialmente mediante el bautismo de regeneración y la gracia del Espíritu Santo.

Observa este secretísimo y tremendo misterio. Para siempre habita en nuestra carne; porque no la revistió para después abandonarla, sino para tenerla eternamente consigo. Si no fuera así, no le habría concedido aquel regio solio, ni lo adoraría en ella el ejército entero de los Cielos, los Ángeles, los Arcángeles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades. ¿Qué discurso, qué entendimiento podrá explicar este honor sobrenatural y escalofriante, tan excelso, conferido a nuestro linaje? ¿Qué ángel o qué arcángel será capaz de hacerlo? ¡Nadie ni en el Cielo ni en la tierra! Así son las obras de Dios. Tan grandes y sobrenaturales son sus beneficios que superan a lo que puede decir con exactitud no sólo la humana lengua, sino la misma angélica facultad.

Por tal motivo, cerraremos nuestro discurso con el silencio, únicamente amonestándoos a que correspondáis a tan excelente y altísimo Bienhechor; cosa de la cual más tarde nos vendrá toda ganancia. Corresponderemos si tenemos sumo cuidado de nuestra alma. Porque también esta obra es de su bondad: que no necesitando de nada nuestro, tenga por correspondencia el que no descuidemos nuestras almas. Sería el colmo de la locura que, siendo dignos de infinitos suplicios y habiendo alcanzado, por el contrario, tan altísimos honores, no hiciéramos lo que está de nuestra parte; sobre todo cuando toda la utilidad recae en nosotros, y nos están preparados bienes sin cuento como recompensa de que así procedamos.

Por todo ello glorifiquemos al benignísimo Dios, no únicamente con palabras, sino sobre todo con las obras, para que así consigamos los bienes futuros. Ojalá todos los alcancemos, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Explicación del Evangelio de San Juan, homilía XI (X)*,
Tradición Mexico 1981, p. 89-93

----- Aplicación -----

P. Alfredo Sáenz, S.J.

EL VERBO, SABIDURÍA DE DIOS

Para penetrar en las riquezas de la Sagrada Escritura, los santos se humillaban ante Dios. Ellos eran conscientes de lo que significaba el hecho de que Dios hablase a los hombres. Si hay un pasaje frente al cual se requiere aquella actitud de los santos, es precisamente el Evangelio de hoy, el prólogo de San Juan. El presente fragmento es, sin duda, una de las páginas más profundas de la Sagrada Escritura. En esta portada a la vida del Verbo Encarnado, encontramos revelados los más altos misterios de la generación eterna del Verbo, como así también de la creación y el rescate del hombre. Tratemos con humildad de penetrar en semejantes honduras, que ayudan a esclarecer el misterio de nuestra vida cristiana, siempre teniendo ante los ojos al Unigénito del Padre en su sitial de gloria.

El Verbo era Dios

Si alguno de nosotros piensa en su mente un concepto, y éste permanece allí, sin ser emitido por sonido alguno de la voz, es sólo un verbo mental. Existe como tal, pero en mi pensamiento. Supongamos que el que tiene ese pensamiento es un ser eterno. Dicho verbo intelectual, también será eterno, según lo que afirma San Hilario: "La palabra de un pensamiento es eterna cuando el que piensa es eterno". De esta manera queremos expresar cómo fue engendrado el Hijo (el Verbo) por el Padre sapientísimo, desde toda la eternidad. Y así como cuando alguien acerca una antorcha apagada a otra que está encendida, la primera se enciende y brilla con el mismo fuego de la segunda, sin haberlo menoscabado, ni haberle quitado brillantez, de manera similar se dice del Verbo de Dios que es luz de la luz del Padre, luz la del Hijo que no menoscaba la del Padre. Trátase de la misma luz, luz eterna la de ambos. Por eso la Iglesia cuando en el Credo se refiere al Verbo lo designa como "Luz de Luz".

El Verbo eterno es de la misma substancia que el Padre, expresión de todo su ser. Tan Omnipotente y Sabio como el Padre, pero distinto que Él, pues se trata de su Hijo. El Verbo es, así, la Palabra Total e Intelectual del Padre. Imagen perfectísima de su gloria y distinto a Él en cuanto Persona Divina.

Dios Padre, por su Verbo, creó dos mundos: el mundo visible a nuestros ojos y el invisible o sobrenatural. A uno de ellos, no nos cuesta reconocerlo: lo vemos, tenemos certeza experiencial de que existe. Al otro, el sobrenatural, no lo conocemos con los ojos del cuerpo, pero sí con los ojos de la fe, en la certeza de que existe como tal, porque el Señor así nos lo ha revelado. Ambos mundos están íntimamente ligados, sin mezclarse ni confundirse, como el alma está unida al cuerpo. Ambos salidos de las manos de Dios. Ambos en armónica sinfonía, que canta la gloria de aquella Sabiduría Eterna que supo crearlos.

Esta obra, que es buena y maravillosa, quedó arruinada parcialmente por el pecado original. Todo el cosmos se estremeció por la desobediencia del hombre y entonces las tinieblas cubrieron al mundo sobrenatural y sufrió desorden el natural. El hombre, errante y vagabundo, se soltó de la mano de Dios y perdió su amistad paradisiaca.

Y el Verbo se hizo carne

Para evitar que la armonía cósmica se silenciara, y para unir lo sobrenatural con lo terreno, Dios quiso extender nuevamente su mano y se quedó como "Puente" entre el cielo y la tierra. ¡Cuántos habían esperado este momento! Por eso cuando nace en Belén, la alabanza es universal. Se abren una vez más los labios de los hombres y, juntamente con los ángeles, entonan himnos a la gloria de Dios. El Verbo, que es la luz de Dios, viene a disipar las tinieblas de los corazones y a poner potencia visiva en las almas, para que los hombres estén en condiciones de descubrir, nuevamente, el "Rostro" de Dios y su gloria. Al tomar el Verbo nuestra frágil naturaleza, recapitula la integridad de las cosas en ella, y las devuelve a Dios. Todo cobra sentido desde su Encarnación. Viene el supremo Artífice a rehacer la obra de sus manos. Lo hará con Arte sumo y con la rúbrica de su propia sangre.

El Verbo, como Creador nuestro que es, quiso hacernos retornar a la primigenia y eterna idea que tuvo sobre nosotros. Quiso volvernos inmaculados por el amor, tales cuales

habíamos salido de las manos nodrizas del Creador, en aquel principio de las cosas. Quiso devolvernos su amistad, la que habíamos perdido por nuestra culpa.

Tal es su propósito. Como dice hoy San Pablo en la segunda lectura, Dios "nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por Jesucristo", y a través de Él, bendecirnos "con toda clase de bienes espirituales". Dejémosnos enseñar y guiar por su Palabra.

Jesús, Sabiduría de Dios

En la primera lectura, tomada del libro del Eclesiástico, se nos invita a reflexionar sobre la Sabiduría. Ella no es otra que el Verbo, luz de Dios, que al venir al mundo da adecuada respuesta a los interrogantes más preocupantes para el hombre: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿adónde voy?, ¿quién es mi Dios?, ¿por qué la muerte?, ¿hay otro mundo trascendente a éste? A lo largo de la historia han surgido numerosos sistemas de pensamiento, con la pretensión de dar respuesta a estos interrogantes. Dichas respuestas nunca han resultado del todo satisfactorias. Y es que sólo la luz vertical, que nos trae el Verbo al encamarse, resulta capaz de alumbrarnos el camino. ¿Acaso el hombre puede por sí solo dar razón de sí mismo, de su propio existir? ¿Acaso puede él explicar el gran misterio que encierra el dolor, la enfermedad o la muerte? Ciertamente que no. Por más que se afane en buscar una explicación de esto por medio de la luz natural de la ciencia, siempre se topará con su limitación. Sólo en el Verbo Encamado se comprende el misterio del paso del hombre por la tierra. Este es el tema predilecto de Juan Pablo II, desde que inició su Pontificado.

Al encarnarse la Sabiduría, nos habla en lenguaje humano, con un corazón humano, disipando así las tinieblas de nuestra inteligencia. Su enseñanza es obra de su misericordia. No podía el Señor dejar sumidos en la ignorancia a aquellos a quienes había creado. Y como es generoso y desea que abundemos en su vida, viene a comunicarnos la más alta sabiduría de que el hombre puede preciarse tener. Por eso la Palabra no volverá a su sitio con las manos vacías, sin haber previamente realizado la obra de sembrar a cada corazón dispuesto.

Pero la enseñanza del Señor no se afianza en los corazones arrogantes. No da frutos en aquellos que, infatuados, pregonan una sabiduría humana, ajena a sus enseñanzas. Estos campos ya están sembrados con otra semilla que no es la del trigo, sino de la cizaña. Por eso, con ironía sagrada, la Sabiduría de Dios se posesiona de aquellos que se hacen como niños, y se aleja de los que se creen sabios y prudentes según el mundo.

Será, pues, preciso tornarse loco a los ojos del mundo, para hacerse sabio según Dios. Cuando San Pablo se lanzaba a la predicación, lo hacía parapetado en esta única sabiduría: Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los griegos. Tal es su sabiduría: Dios se ha encarnado, ha muerto y resucitado, según estaba escrito. Eso es lo fundamental y lo que, por otra parte, exige de todo hombre un recambio total del corazón.

El Verbo, Palabra del Padre, vino a enseñar al hombre la verdad. Hoy como ayer, también se enfrentan a su doctrina evangélica los sistemas que propone el mundo. Pero el cristiano, iluminado por la Palabra de Dios, tiene el sagrado deber de anunciar sin complejos la enseñanza del Señor. Sólo en Dios se encuentra el verdadero sentido del hombre. Sólo en Él se entiende lo que es verdadero humanismo.

El cristiano debe ser como el alma en el cuerpo social. El alma, además de dar forma al cuerpo, realiza en él la unidad, evitando la disgregación de sus partes. El cristiano será como el alma en la sociedad, cuando propagando la enseñanza del Señor, vaya realizando la unidad soñada por Dios, aunque para ello tenga primero que verificarse una suerte de lastimadura en el cuerpo. Sabemos que la verdad hace muchas veces doler, pero siempre resulta curativa.

El cristiano ha sido llamado a la ingente tarea de ser una especie de "puente" entre Dios y los hombres, el elemento que aglutina lo natural y lo sobrenatural. A través de él, se elevan todas las cosas, pues está llamado a reinar sobre este mundo. A través de él, en el grado en que se haya unido a Cristo, se va realizando la recapitulación de todas las cosas para que se verifique aquello del Apóstol: "Todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios".

El seguidor de Cristo, la Verdad encamada, debe saber que tiene que tener pasta de mártir. Debe estar dispuesto a padecer. Al igual que su Maestro, deberá vivir en su carne la persecución que provoca la proclamación de la verdad. Inevitablemente habrá de ser también él signo de contradicción. Hoy, como ayer, la firmeza en el Evangelio, en la Roca, es escándalo y locura.

Cuando se declara en contra del divorcio, del aborto, de la inmoralidad pública, de la injusticia social, etc., debe saber que está cumpliendo un deber de caridad con los demás. Tendrá, pues, que superar ese falso prurito del "respeto de las opiniones de los demás", cuando esas opiniones son equivocadas. Respetará, sí, la persona de los demás, no sus opiniones, cuando son falsas. Contra éstas, deberá predicar la verdad con caridad, sin remilgos ni cortapisas.

Si hoy avanzan las tinieblas es porque los que tienen la misión de iluminar esconden la luz. Y la esconden cuando no llevan una vida concorde con el Evangelio, o cuando por temor y respeto humano, no se animan a enfrentar las falacias de la "luz mundana". Evitamos las prudencias falsas y carnales. No mantengamos complicidades con el mundo.

El Verbo debe hacerse carne con su sabiduría en cada cristiano. Él quiere apoderarse de cada hombre y prestarle sus labios para que se transforme en heraldo del Evangelio. Démonos completamente al Verbo, y colaboremos en su empresa de salvación del mundo, que nos aguarda como un desierto sediento de agua.

(SAENZ, A., *Palabra y Vida*, Ciclo C, Ediciones Gladius, Buenos Aires, 1994, p. 51-56)

SS. Benedicto XVI

Queridos hermanos y hermanas:

En este domingo —segundo después de Navidad y primero del año nuevo— me alegra renovar a todos mi deseo de todo bien en el Señor. No faltan los problemas, en la Iglesia y en el mundo, al igual que en la vida cotidiana de las familias. Pero, gracias a Dios, nuestra esperanza no se basa en pronósticos improbables ni en las previsiones económicas, aunque sean importantes. Nuestra esperanza está en Dios, no en el sentido de una religiosidad genérica, o de un fatalismo disfrazado de fe. Nosotros confiamos en el Dios que en Jesucristo ha revelado de modo completo y definitivo su voluntad de estar con el hombre, de compartir su historia, para guiarnos a todos a su reino de amor y de vida. Y esta gran esperanza anima y a veces corrige nuestras esperanzas humanas.

De esa revelación nos hablan hoy, en la liturgia eucarística, tres lecturas bíblicas de una riqueza extraordinaria: el capítulo 24 del *Libro del Sirácida*, el himno que abre la *Carta a los Efesios* de san Pablo y el prólogo del *Evangelio de san Juan*. Estos textos afirman que Dios no sólo es el creador del universo —aspecto común también a otras religiones— sino que es Padre, que "nos eligió antes de crear el mundo (...) predestinándonos a ser sus hijos adoptivos" (*Ef* 1, 4-5) y que por esto llegó hasta el punto inconcebible de hacerse hombre: "El Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros" (*Jn* 1, 14). El misterio de la Encarnación de la Palabra de Dios fue preparado en el Antiguo Testamento, especialmente donde la Sabiduría divina se identifica con la Ley de Moisés. En efecto, la misma Sabiduría afirma: "El creador del universo me hizo plantar mi tienda, y me dijo: "Pon tu tienda en Jacob, entra en la heredad de Israel"" (*Sí* 24, 8). En Jesucristo, la Ley de Dios se ha hecho testimonio vivo, escrita en el corazón de un hombre en el que, por la acción del Espíritu Santo, reside corporalmente toda la plenitud de la divinidad (cf. *Col* 2, 9).

Queridos amigos, esta es la verdadera razón de la esperanza de la humanidad: la historia tiene un sentido, porque en ella "habita" la Sabiduría de Dios. Sin embargo, el designio divino no se cumple automáticamente, porque es un proyecto de amor, y el amor genera libertad y pide libertad. Ciertamente, el reino de Dios viene, más aún, ya está presente en la historia y, gracias a la venida de Cristo, ya ha vencido a la fuerza negativa del maligno. Pero cada hombre y cada mujer es responsable de acogerlo en su vida, día tras día. Por eso, también 2010 será un año más o menos "bueno" en la medida en que cada uno, de acuerdo con sus responsabilidades, sepa colaborar con la gracia de Dios. Por lo tanto, dirijámonos a la Virgen María, para aprender de ella esta actitud espiritual. El Hijo de Dios tomó carne de ella, con su consentimiento. Cada vez que el Señor quiere dar un paso adelante, junto con nosotros, hacia la "tierra prometida", llama primero a nuestro corazón; espera, por decirlo así, nuestro "sí", tanto en las pequeñas decisiones como en las grandes.

Que María nos ayude a aceptar siempre la voluntad de Dios, con humildad y valentía, a fin de que también las pruebas y los sufrimientos de la vida contribuyan a apresurar la venida de su reino de justicia y de paz.

(Basílica Vaticana, Sábado 2 diciembre 2006)

P. Gustavo Pascual, I.V.E.

Jn 1, 18

“Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre”.

Nosotros hemos visto al Verbo Encarnado, al Emmanuel, pero debemos reconocer su origen divino. Ese Niño que vemos en el pesebre es el Verbo de Dios. Dios verdadero de Dios verdadero.

Su nombre es Jesús, el que da la salud. La salud se alcanza confesándolo como Dios y confesándolo como Dios nos hacemos hijos de Dios.

Jesús nos trae una nueva naturaleza que el Padre ha creado: la gracia santificante. Gracia porque es don de Dios. Santificante porque nos hace santos.

Al reconocer al Verbo Encarnado se nos injerta esta nueva naturaleza que es sobrenatural y nos hace hijos adoptivos de Dios y con derecho a su herencia que es el cielo.

Un regalo inmenso. Dios que se hace hombre para que el hombre se haga hijo de Dios.

Nueva vida como le dijo Jesús a Nicodemo. Vida nueva según el Espíritu.

¿Se puede perder la vida sobrenatural? Sí, arrancándola por el pecado mortal. El pecado mortal significa tomar la decisión de no querer recibir el don de Dios, rechazarlo y preferir a las criaturas. Pecado mortal porque mata en nosotros la vida de Dios, la vida sobrenatural.

Y ¿con qué nos quedamos? Con nuestra pobre naturaleza caída...

Entonces... pongamos un precio a la gracia santificante, démosle un valor. Sin ella no podemos alcanzar el cielo porque hemos rechazado la filiación divina y por tanto la herencia de Dios, voluntariamente...

La gracia vale el anonadamiento de Dios, vale la vida de Dios, hasta el derramamiento de la última gota de su Sangre.

Valoremos éste regalo que nos ha traído el Niño Dios.

Los santos estaban dispuestos a morir antes de dejar la filiación divina. Los mártires murieron para permanecer con la vida sobrenatural.

La gracia santificante, el Reino de los cielos, se parece a un tesoro, a una perla preciosa...

La acedia. Ataque a la vocación de hijos de Dios

Apliquemos nuestra inteligencia a analizar lo que significa ser *hijos de Dios*. Ser hijos de Dios es algo maravilloso, valiosísimo.

Y ¿por qué perdemos esta dignidad tan fácilmente? Porque no medimos el valor real de esta gracia.

Los hombres del mundo no quieren ser hijos de Dios. Han tomado esa voluntaria decisión porque les parece algo muy grande y no están dispuestos al sacrificio que implica la correspondencia a tan gran don. Prefieren que Dios los deje en paz, prefieren permanecer en el pecado. En realidad desdican de su mismo ser, de las posibilidades de plenitud que son naturales en el hombre: el hombre es capaz de Dios. Y esa falta de aspiración a la plenitud del ser *empequeñece* cada día más al hombre y como el hombre aspira por naturaleza a la *plenivivencia* se manifiesta una inquietud en el espíritu que se llena de otras cosas que no son Dios. Pero las cosas creadas no sacian el corazón del hombre. A la larga producen desesperación y anticipan el estado definitivo de no plenitud o separación eterna de Dios que es el infierno.

En la etapa intermedia el orgullo juega un papel importante respondiendo al estado de deseo de plenitud. El orgullo pone como medio para alcanzar la plenitud al mismo hombre en lugar de Dios, la presunción, y anticipa la plenitud. Sin embargo, el hombre vuelve a tener deseo de plenitud porque la plenitud de las criaturas es imperfecta y volátil.

El cristiano cuando no reza cae en estado de acedia, especie de tristeza por ser quién es, hijo de Dios. Es tristeza que surge porque no quiere aceptar grandeza tal y prefiere seguir en la paz mundana. Sabe que el ser hijo de Dios exige vivir como Jesucristo y dejar de lado todo lo mundano. Y lo que al principio es como un vértigo o miedo que paraliza o debilita, termina por convertirse en una decisión voluntaria de rechazo al llamado divino.

¿Cómo podemos vencer este estado que nos paraliza en el amor a Dios? Con la grandeza de alma. Rezando, dedicándonos a descansar en Dios. Siendo fieles al domingo y meditando la grandeza de la dignidad de hijos de Dios.

Miremos nuestra vida, ¿están las hijas de la acedia? ¿Está la inquietud de espíritu? ¿La abundancia de palabras inútiles? ¿La curiosidad? ¿La inestabilidad de lugar y decisión? ¿La inoportunidad en las palabras y obras? ¿Tenemos indiferencia a las cosas de Dios? Ya esto es grave ¿Nos fastidia la oración y las cosas espirituales en nosotros o en los demás? ¿Tenemos ánimo pequeño respecto a la santidad? ¿Odiamos las cosas divinas? ¿Vivimos una vida desesperada? Si vemos las hijas de la acedia en nuestra alma es porque la madre también habita en ella.

La solución a la acedia es la grandeza de ánimo que responde a la vocación a la que Dios nos llama, *un abismo llama a otro abismo*, el abismo de la vocación de hijos de Dios llama al abismo de nuestra alma. Si crecemos en el amor a Dios venceremos la tristeza de la acedia y obtendremos la alegría que es fruto del amor divino sobrenatural.

Guión Domingo II después de Navidad
5 de enero de 2025 - CICLO C

Entrada: En este domingo todavía está presente ante nosotros el gran misterio de la Navidad, en la que el Verbo de Dios se hizo carne. En la Santa Misa de hoy se repetirá el misterio de Belén, ya que Jesucristo se hará realmente presente bajo las especies del pan y del vino, y así consumará el mismo sacrificio que hizo en la cruz.

Liturgia de la Palabra

1º Lectura Eclesiástico 24, 1-2. 8-12

La Sabiduría de Dios se gloria de habitar en medio de los hombres

Salmo responsorial: 147

2º Lectura Efesios 1, 3-6. 15-18

Dios nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo

Evangelio Juan 1, 1-18

La sabiduría de Dios que es su Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros, Jesús de Nazaret.

Preces:

Invocando el nombre de Jesús por quien el Padre Eterno nos reconoce como sus hijos, presentamos nuestras súplicas.

A cada intención respondemos cantando:

1. Por las necesidades materiales y espirituales de la santa Madre Iglesia esparcida por todo el orbe, especialmente por los cristianos perseguidos a causa de su fe en Cristo Jesús. Oremos.
2. Por la unidad de los cristianos, la paz en el mundo entero y para que la conciencia del perdón y la reconciliación se afiance en los corazones de los hombres. Oremos.
3. Por los gobernantes de las naciones, para que rijan los pueblos a ellos encomendados según la prudencia y la sabiduría que da la fe en Dios creador y Padre del género humano. Oremos.
4. Para que el santo nombre de Jesús sea invocado con viva fe por todos los que sufren en su cuerpo o en su alma y encuentren alivio y serenidad en medio de sus sufrimientos. Oremos.

Padre Bueno, acoge nuestra oración y concédenos siempre tu santo Espíritu para que cumplamos siempre y en todo tu santa voluntad. Amén

Liturgia Eucarística

Ofertorio: Junto con Jesús la víctima divina ofrecemos :

***pan y vino** para que sean transustanciados en su cuerpo y su sangre, comida y bebida espiritual de nuestras almas.

Comunión: Ven, dulce Jesús del alma a habitar en nuestro corazón y establece en él la santa morada de tu Nombre santificador.

Salida: Que María Santísima que llevó en sus labios y en su corazón el santo nombre de Jesús, nos enseñe a invocarlo cada día con más fe y devoción.

(Gentileza del Monasterio “Santa Teresa de los Andes” (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

----- Ejemplos Predicables -----